

NO DIGAS QUE FUE UN SUEÑO: Las troyanas de Cacoyannis en tiempos de pandemia

Alejandro Valverde García



Nos cuenta el profesor Martin M Winkler en su libro *Ovid on Screen* (2020, Cambridge University Press) que una de las características más apasionantes del cine es esa posibilidad que posee de hacer pervivir, sin límites temporales, aquellas imágenes que un día fueron plasmadas en el celuloide. Como un Orfeo moderno que con su lira fuese capaz de devolver a la vida a su amada Eurídice, presa del mundo de ultratumba, o al igual que Medusa, que con su mirada petrificaba a los pobres mortales, antiguos mitos cantados por el poeta latino Ovidio, las películas fijan para siempre en nuestra retina historias pasadas que cobran nueva vida cada vez que las proyectamos. Y así, la obra de arte sobrevive a aquellos que un día la modelaron.

Esto mismo ocurre con *Las troyanas* (*The Trojan Women*, 1971), que, hace ahora cincuenta años, Michael Cacoyannis decidió rodar en Atienza y sus alrededores. Las tomas que cada día se iban filmando, y que él mismo luego revisaba en el Cine Capitol de Sigüenza, fueron luego seleccionadas escrupulosamente y ensambladas en el largometraje que vio la luz en su forma definitiva en unos estudios de Londres. Luego vendría su presentación oficial, fuera de concurso, en el Festival de Cannes, su estreno en París, con la presencia de la actriz protagonista, Katharine Hepburn, y, ya a finales de 1971, su lanzamiento al mercado norteamericano, donde, a pesar de ser reconocido con varios premios y muy buenas críticas, fue recibido con cierta frialdad. Y la verdad es que no era para menos. El famoso director grecochipriota, que había conquistado Hollywood con